

UNA HISTORIA DE AMOR

Tengo ochenta y un años y crecí en una época en la que no había ni televisión ni nada tecnológico parecido. Era un tiempo en el que la gente se conocía, se saludaba y charlaba cara a cara. Era una época en la que no existía el divorcio y te lo jugabas todo a una sola carta. No se cambiaba de pareja solo porque surgiera un problema. El aguante, el sacrificio, la resignación...eran, entre otras, virtudes y pilares de la convivencia.

Ahora no es así y me hace sentir...antigua, rara, me desorienta y me sorprende.

Pero lo que quiero es contarles mi historia:

Me enamoré, verdaderamente, cuando tenía veinte años. Andrés, me pareció el chico más guapo, gentil, educado y divertido de todos los que había conocido. Sin embargo, a mi familia no le pareció la persona adecuada. Y, en aquella época, si tus padres no daban el visto bueno era casi imposible comenzar una relación e imposible del todo pensar en el matrimonio.

Mi familia regentaba una empresa en expansión y gozábamos de una posición acomodada. Querían "casarme bien" y Andrés, no parecía la persona idónea. Él, Andrés, era el hijo de un obrero de la construcción y mis padres querían que aspirara a algo más, a alguien con mejor posición. Cuando se enteraron de nuestros encuentros, me prohibieron salir de casa, a no ser que alguien me acompañara. No obstante, Andrés y yo, siempre encontrábamos la manera de comunicarnos o de intercambiar algunas cartas -que aún conservo conmigo-. Era una amiga común quien hacía el intercambio. En aquellas cartas nos escribíamos palabras preciosas; soñábamos, a través de las palabras, con el momento de poder estar juntos y hasta casarnos.

Andrés, tenía un tío en Nantes que regentaba una empresa de frío industrial y allí fue para ganar su primer dinero, ahorrar y regresar para poder estar juntos y casarnos. La estancia, en Nantes, sería por dos años. Pasado ese tiempo...todo sería felicidad para los dos, nos escribíamos, también, en aquellas cartas que iban y venían.

Para una chica veinte años, y en aquella época, dos años eran una eternidad, pero estaba dispuesta a guardar su ausencia a cambio del resto de mi vida a su lado.

Mi familia pensó que aquella marcha sería el final de mi interés por Andrés. No sabían, ni siquiera intuían, que nos seguíamos carteadando y que recibía las cartas en casa de nuestra amiga común. Así estuvimos casi un año. Aquellas cartas eran el aire que necesitaba para seguir respirando, para seguir viendo.

No sé cómo pudo ocurrir, pero mis padres se enteraron de aquel intercambio de cartas y, desde aquel momento, no volví a recibir ninguna carta de Andrés. Tampoco sé, si él recibía las que le continué enviando, pero le advertía de que no recibía las suyas y que le seguía esperando, que le seguiría esperando siempre.

Iba pasando el tiempo, y mi madre insistía en que tenía que salir con amigas y conocer gente nueva; que conocería, en algún momento, a algún chico que me llenara.

Yo me negué. Nadie me llenaba. Seguía pensando en Andrés.

Pasado año y medio, mi madre me dijo que, Andrés, había fallecido en un accidente de moto. No podía creer que aquella noticia fuera cierta. Creí volverme loca. Pasados unos días me

repuse y decidí averiguar por mi cuenta. Logré hablar con los padres de Andrés, los cuales me confirmaron la noticia. Me encerré en mi habitación. No comía...solo lloraba.

Mi madre insistía en que tenía que conocer gente nueva y rehacer mi vida. Yo, me negaba. El hombre de mi vida era Andrés. Me negaba a conocer a alguien y a casarme solo porque fuera una costumbre de la época, porque tuviera dinero o porque era lo que debía hacer cualquier mujer “respetable”.

Pasaron los años; más de veinte. Vi como mis amigas se iban casando y formando una familia. Yo, continuaba en casa devorando cualquier libro que cayera en mis manos. También ayudaba en las tareas de la casa, y lo que sí hacía todos los días era pensar en Andrés.

Un día discutí con mi madre sobre este tema. Ella me reprochaba que no me hubiera casado y yo, le replicaba que por culpa suya, por no haberme dejado salir con Andrés. Ella me respondía que lo había hecho por mi bien y yo, le decía, de manera airada, que hubiera sido feliz con él. Siempre me acordaré de aquella discusión; la llevo grabada en mi mente porque un año después, de aquella pelea, mi madre enfermó de cáncer y falleció a los pocos meses. Antes de morir, cuando estaba en sus últimos suspiros y como no me separé de su lado ni un solo día, tuvo la fuerza y la valentía de contarme lo siguiente: “Hija mía, Andrés no murió en un accidente de moto. Tu padre y yo, pactamos aquella argucia con su familia para que te olvidaras de él”.

Al oír aquellas palabras, la rabia se apoderó de mí. Evidentemente, y en aquella circunstancia, no pude expresarla porque quería que mi madre se fuera en paz.

Transcurrieron unos días y decidí indagar sobre el paradero de Andrés. Ahora era el miedo el que me invadía. La sensación de prisa me angustiaba.

¿Estaría bien?, ¿se acordaría de mí?, ¿se habría casado? —me preguntaba, entre otras cuestiones.

Aunque estaba inundada por el miedo, quería saber de él. Quería encontrarme, una vez más, cara a cara y mirarle a los ojos. Quería saber que sentiría después de tanto tiempo.

Recordé a la amiga común que nos ayudó con el intercambio de las cartas. Hacía años que no sabía de ella, pero conservaba, en una vieja agenda, un número de teléfono. Marqué aquel número y me aferré a la esperanza, a esa posibilidad a la que acudimos igual que los estudiantes cuando esperan la nota del examen mal hecho. Hubo suerte.

Durante casi una hora, charlamos y charlamos, y nos pusimos al día, después de tanto tiempo sin saber de nosotras. Ella, casada y con dos hijos (un niño y una niña), la parejita que se decía. Y, Andrés...Andrés, vivo y en Barcelona, dirigiendo su propia empresa de frío industrial.

Al terminar la conversación, me senté en un sofá del salón y lloré hasta quedarme sin lágrimas. Me repuse. Ya no podía llorar más. Me armé de valor y decidí acudir a la dirección indicada por nuestra amiga común.

En ese momento yo tenía más de cuarenta y cinco y, Andrés, tres más que yo. No sabía que podría ocurrir cuando llegara al destino. El viaje, en avión, se me hizo largo. Tan largo como la vivencia subjetiva del paso del tiempo cuando se desea algo. Llegué a la empresa y pregunté, a una señorita que hacía las veces de secretaria o de comité de recepción, por Andrés Martín.

- ¿Tiene usted cita, por favor? —me preguntó, amablemente, la señorita.
- No, respondí.

— Entonces, le daré cita y volverá en dicho momento.

No me di por vencida. Insistí y expliqué que Andrés, en cuanto supiera de mí, seguro que me recibiría. Que era un asunto importante.

La señorita, levantó el auricular de un teléfono que parecía hacer las veces de centralita y dijo algo en voz baja.

Pasados unos minutos, Andrés, apareció.

Le vi y me quedé mirándole, fijamente, a los ojos. Me pareció que no había cambiado pese al paso del tiempo. Cuando me reconoció, sus ojos se humedecieron. Nos abrazamos sin decirnos nada. Fue un abrazo interminable. Me cogió de la mano y me hizo pasar a través de la puerta por la que había aparecido a su despacho. Nos recompusimos después de haber llorado. Hablamos y hablamos...nos pusimos al día. A él, le dijeron que yo me había casado. Yo le expliqué lo que me habían contado. Noté como apretaba los puños y como volvían a humedecerse sus ojos. Cuando pudo articular su voz, me dijo:

—Nos quisieron robar nuestro amor. El daño está hecho y el tiempo ha pasado. Pero que sepas, querida mía, que cada día he pensado en ti. Ya hemos perdido demasiado tiempo, pongamos solución a esto.

A los seis meses, nos casamos. No tuvimos familia por cuestiones de edad, pero nos hemos tenido el uno al otro. Hemos vivido sin separarnos, ni un solo día, dieciocho años. Dieciocho años de felicidad.

Ahora le he perdido. Una enfermedad me lo ha arrebatado.

La enfermera que le ha cuidado en el hospital me comentó que, Andrés, le contaba la historia de su vida. Le decía que se marchó a Nantes para ganar un poco de dinero y regresar para casarse con la mujer de su vida.

A mí, me queda la dicha de haber estado junto a él, desde el día que nos casamos, hasta el último momento de su vida. No olvidaré ese momento porque, en su último instante de fuerza y aliento, sostuvo mi mano cogida a la suya.

FJMP